



Sobre la multiplicidad de lo múltiple:

La gestión cultural en latinoamérica

Carlos Yáñez Canal¹

.....
1 Universidad Nacional de Colombia. cyanez5@hotmail.com

RESUMEN

Este artículo es un intento de acercamiento a la gestión cultural en América Latina desde el punto de vista de la hermenéutica de una práctica y el reconocimiento de un saber experiencial. En tal sentido, se ha buscado precisar las connotaciones ontológicas, epistemológicas, éticas y políticas, tratando de aproximarse a territorios no explorados, a caminos no trazados por otros, sino a pequeñas líneas tenues, bajo tachaduras, que se mueven entre los deseos, los derechos y los imaginarios, y se bifurcan en sentidos que buscan determinar una gestión cultural, cuyos signos, en muchos casos, indescifrables, se caracterizan por una multiplicidad que deriva del mundo múltiple en el cual se constituye: Latinoamérica.

Palabras clave: *Gestión cultural. Multiplicidad. Diferencia. Praxis.*

RESUMO

Este artigo é uma tentativa de abordar a gestão cultural na América Latina do ponto de vista da hermenêutica de uma prática e do reconhecimento de um saber experiencial. Nesse sentido, procuramos especificar as conotações ontológicas, epistemológicas, éticas e políticas, tentando aproximar territórios inexplorados, caminhos não traçados por outros, a não ser linhas tênues, sob rasuras, que se movem entre desejos, direitos e imaginários, e bifurcam-se de modo que buscam determinar uma gestão cultural, cujos signos, em muitos casos, indecifráveis, caracterizam-se por uma multiplicidade que deriva do mundo múltiplo em que se constitui: América Latina.

Palavras chave: *Gestão cultural. Multiplicidade. Diferença. Práxis.*

UN SISTEMA A-SISTEMÁTICO

Pensar la gestión cultural en Latinoamérica implica asumirla como un sistema, pero en el marco de una lógica de lo múltiple, es decir, que se encuentra en un proceso de constitución y construcción en términos de la multiplicidad. En cuanto tal no procede de un solo origen, sino de una heterogénesis, lo que la aleja de las clausuras y de las totalizaciones y la vincula con la apertura, por tanto, con las conexiones permanentes en que las clausuras permiten aperturas.

Desde esta mirada de lo indeterminado, que no niega las determinaciones ni el compromiso con lo finito, se apuesta por lo incierto y, en cierta forma, por el caos y la incertidumbre como potencia de diferenciación, en cuya medida se potencia lo determinado. Más allá de toda dualidad, la gestión cultural en Latinoamérica se asume en una ontología del devenir, cuya disposición relativa de una pluralidad de miradas que se constituyen en forma diferencial en la relación que se establece entre ellas, pasa por algo que las atraviesa, que se ubica y que crece entremedio de estas. Es una concepción de la multiplicidad, que no remite al principio de identidad, y en que toda diferencia deviene en lo plural y se ligan con otras diferencias.

En ello se encuentra no solo la posibilidad, sino también lo potencial y lo intensivo.

Si observamos el momento en que la gestión cultural es nombrada en Latinoamérica, la cual arrastra dentro de sí otros conceptos como la animación cultural, la promoción cultural, la recreación cultural, el trabajo cultural, el mediador cultural, la administración cultural, es evidente que representa algo en que se expone la ausencia. En otras palabras, se da un proceso de ex-tracción de lo que es presentado, y a través del lenguaje, en su dualismo de separación de las palabras y las prácticas, se representa una cierta «teatralidad». Tal teatralidad denota claramente la presencia de dispositivos y tecnologías de gobierno de sí y de los otros, los cuales, dentro de procesos globalizantes, enmarcados en políticas neoliberales que propenden a la instrumentalización de la cultura y se convierten en un nuevo discurso que, en términos de eficacia, eficiencia y rentabilidad, lleva a convertirla en una materia prima a través de la cual se produce sentido y otorga valor a las experiencias, tanto individuales como colectivas.

Derivado de lo anterior, y aunque se observan múltiples enfoques y tendencias en la acción del gestor cultural, en términos generales, se puede establecer que el rol fundamental de dicho gestor cultural está relacionado con el diseño y aplicación de proyectos a nivel local, con la implicación en todos los procesos administrativos que esto conlleva: planeación, seguimiento, evaluación. El gestor cultural, en sus acciones de corto, mediano o largo plazo, de acciones eventuales o inmediatas, de procesos permanentes y continuados, articula campos que incluyen la cultura, la economía, la administración, la comunicación, por medio de agentes diversos que tocan las estructuras piramidales de lo formal e informal, así como en la apelación a recursos de diverso tipo. La figura que sobresale es la de mediador en un sistema complejo de actores, instituciones, prácticas, políticas, establecidas a partir de una racionalidad con arreglo a fines, es decir, es un proceso de búsqueda que permite definir las

acciones necesarias para alcanzar determinados fines. Su orientación es netamente técnica, ya que ante situaciones problemáticas e imprevistas, apela a procedimientos que activa teniendo como referencia un sistema codificado de estrategias resolutivas. Es un saber de reglas generales que se fundamenta en el presupuesto de que las situaciones problemáticas se caracterizan por una profunda analogía que hace posible la aplicación de un saber general con elevada potencia predictiva en grado de pre-definir las líneas de acción que adoptar. Se observa que, en este tipo de gestor cultural, la trama compleja de relaciones se resuelve fundamentalmente en tres pilares: la creación, la administración y la divulgación.

En tal sentido, el modelo hegemónico administrativo-económico, bajo la influencia de Francia, Inglaterra y, especialmente, de España, buscó subsumir lo existente bajo el vórtice del crecimiento y el desarrollo, generando una gestión cultural como «herramienta de mercado». (ROJAS ALCAYAGA, 2015) y lejana de aquellos caminos que se orientaban a la transformación de la cultura política. En aras de los resultados, hay una especie de inmovilización de los procesos y de la creación o gestación de tramas, urdimbres o tejidos de significación² a partir de aparentes novedades de cambio y en la fijación de una idea abstracta, dando la impresión de su validez por siempre y para siempre de métodos y prácticas referidas a los principios de la planeación estratégica y al new public management, a los análisis del Marco Lógico y la matriz DOFA, lo que le otorga un carácter petrificado. En dicho camino se vincularon términos como producto, cliente, oferta, servicio, consumo, marketing. (BAYARDO, 2016, p. 16)

.....

- 2 Como no recordar que «el concepto de gestor proviene del verbo latino: gero, gessi, gestum, raíz muy prolifera como quiera que de ella derivan gestar, gesto, gesta, gestión, gestante entre muchísimas otras. Quizás emparentada (aunque esto se salga de la indagación actual) con otras fuentes claves como genus, generis (género, generación) y gens-gentium (la gente o el pueblo). En el diccionario latino que consultamos, gero entraña las siguientes acepciones: llevar, llevar encima; llevar en sí, contener, tener; engendrar, producir; representar; portarse, portarse como; llevar un asunto, encargarse de; y en su forma de pasado, gestum, significa ser hecho, acontecer». (RESTREPO, 2002, p. 20)

Como resultado de la institucionalización de la cultura (se incluye en normas, leyes, políticas, planes de desarrollo, formalización y profesionalización), lo cual se expresa en Latinoamérica a partir de los años 80 del siglo pasado con las constituciones multiculturales y pluriétnicas hasta llegar al caso de Ecuador y Bolivia con sus principios de plurinacionalismo y la interculturalidad, se asume la gestión cultural en una lógica tecnocrática que tienden a homogenizar la diferencia en la unidad de la organización de la cultura. Lo otro y el otro fueron incluidos en una asunción diferencial que, a partir de un multiculturalismo estatalizado, redujo las formas múltiples de acción cultural sectorizando comunidades y poblaciones, a la vez que asigna identidades bajo el rasero de una igualdad formal poniendo en entredicho la diferencia, a la vez que se le disminuye con un intervencionismo social centrado en el asistencialismo y la beneficencia. Esto, indudablemente, llevó «a la discusión del papel del Estado y de lo político, el rol del gestor cultural, el trabajo de significación y los problemas de la circulación de sentidos sociales, en un medio donde prevalecen nociones de democratización cultural, de descentralización administrativa y de regionalización y territorialización de las políticas culturales». (BAYARDO, 2016, p. 16)

Aun así, se generó un empoderamiento que va más allá de la responsabilización individual, y cuyo significado múltiple dio espacio a múltiples actores que no se redujeron al Estado y sus mecanismos de control, sino que se reorientaron a la redefinición de lo político (ESCOBAR, 1999), y a la interrogación del poder en términos de la acción pública, de reivindicación participativa, de impugnación de las desigualdades sociales y culturales, de la articulación entre la «estructura» y la *agency* en el cambio social (BACQUÉ; BIEWENER, 2016, p. 17), lo que denota un desborde de lo exclusivamente técnico y contribuye a tensionar las luchas por redefinir las asimetrías de inclusión y exclusión social, tanto en lo simbólico como en lo material. (CALDERÓN, 2009) También se puso en evidencia la importancia de reconocer que el acceso a los bienes y

servicios culturales debe partir no solo de derechos individuales,³ sino también de derechos colectivos, lo que contribuiría en forma contundente al establecimiento de una democracia cultural participativa. Asimismo, y desde esta perspectiva, se hizo fundamental que los sujetos sociales participaran en la planeación, investigación y aplicación de los procesos culturales, o sea, que el capital social, simbólico y humano, no se redujera a las categorías establecidas por el consumo, sino como creadores de formas viables de construcción de tejido social, por tanto, que contribuyeran a reforzar relaciones de confianza y solidaridad entre colectivos diversos. Por último, se cuestiona el énfasis puesto en la lógica administrativista que se estructura en la eficiencia, la eficacia y la efectividad, para dar paso a otras dimensiones de sentido y significado que nos permitan pensar en no quedarse en la idea de que el valor agregado consiste solamente en las características mercantiles que pertenecen a una cierta lógica del consumo como respuesta racional a las necesidades, sino, más bien, en la capacidad del capital simbólico para construir y nutrir las identidades.

En dicha historia con sus continuidades y sus pretendidos alcances, proliferaron devenires secretos, menores, que en la fuerza de lo oculto se opusieron como multiplicidad de singularidades que escapan a la mediación del gestor cultural con el público y el acto creativo a través de procesos exclusivamente administrativos, y que se reinventa continuamente a partir de prácticas enfocadas en el trabajo con comunidades (de larga tradición en Latinoamérica) en la intencionalidad de generar procesos de transformación

-
- 3 En este paradigma «se encuentra también la imbricación entre cultura y desarrollo, estableciendo que los procesos administrativos están orientados por los requerimientos del mercado generando, a su vez, un cierre a la pluralidad y a la dimensión política de la cultura. En estas condiciones, la cultura se sigue asumiendo como constitutiva del desarrollo y no como constituyente, y uno de los objetivos de las políticas es la dimensión cultural del desarrollo. De esta manera, persiste un criterio extensionista en la cultura como un derecho enmarcado en un paradigma de democratización cultural, en que sobresalen la participación en la vida cultural y el disfrute de las artes, como derechos individuales a la cultura». (YÁÑEZ CANAL, 2019, p. 5)

social y cultural, cuyas búsquedas llevan implícita una acción cultural que remite a la autogestión (GUERRA VEAS, 2016), y en las que las relaciones fundamentales se dan «a partir de la sensibilidad, el olfato, la escucha, la empatía, lo “vincular”». (BAYARDO, 2018, p. 25)

En dicho marco, y en contraste con la racionalidad con arreglo a fines en que fue definida la gestión cultural de la institucionalidad pública, resistir es crear y re-crear. Sus orientaciones propenden a señalar la creatividad como un referente de acción del gestor cultural disolviendo la idea de mediadores en el cuestionamiento de los procesos de producción, distribución y consumo de la cultura, y en su no separación. En términos organizativos, estos colectivos, agrupaciones y redes, en que habitan multiplicidad de activismos, militancias y voluntariados,⁴ son evidentemente contraculturales al ubicarse en el terreno de formas de resistencia que se confrontan con las formas establecidas por las industrias culturales y creativas en la producción simbólica. Hay una interconexión y entrelazamiento desde el punto de vista individual y colectivo, ya que no hay una separación de la búsqueda personal y de las necesidades afectivas y comunicativas de sus miembros en su cotidianidad. De otra parte, la estructura permanece en estado latente, es decir, que de acuerdo a las actividades a realizar emerge la disponibilidad de acción de sus miembros. En sus prácticas también evidencian una producción inmaterial de sentido, lo que los hace intangibles respecto a la producción cultural, y nos remite a una dimensión estética basada en vínculos afectivos en que el sentir es fundamento de acción. En esa medida, predomina un fuerte sentido comunitario.

.....

4 «Esta dimensión de la gestión cultural como activismo puede sintonizar o bien ponerla en tensión con lo laboral, con lo profesional y con lo académico; es una marca que pauta su desenvolvimiento. La academia puede ser entrevista como una instancia que se apropia y domestica a la gestión; la profesión, puede ser considerada como un tipo de práctica que desvirtúa las expectativas transformadoras con respecto a la cultura; por su parte, lo laboral, puede ser entendido como una actividad que limita los sentidos y alcances de las acciones emprendidas». (BAYARDO, 2018, p. 25)

EL DESPLIEGUE DE UN NO MODELO

En la multiplicidad esbozada se contesta todo tipo de modelo, ya que no es posible la disolución de una unidad anterior que nos remita a algo que crece en el medio y que no es posible localizar debido a la velocidad que adquiere en el moverse entre orillas distintas y cuya transversalidad las arrastra a las dos. En la praxis de la gestión cultural comunitaria, también se ponen en cuestionamiento las propuestas comunicacionales que ofrecen el marketing y la publicidad en su búsqueda de consensos universales y totalizaciones. En esta deconstrucción hay algo que excede lo fijo del sentido y se evidencia un resto que se despliega por el medio dislocando los cierres y las clausuras. Como tal, dicha gestión cultural no tendría un carácter residual, en el sentido de lo que queda de una «totalidad», sino de un habitar en la fluidez de lugares fronterizos estableciendo relaciones entre las diferencias que no se conectan a raíces únicas, sino a rizomas

que recomienzan sin cesar en heterogeneidades que disuelven los binarismos, los dualismos o las dicotomías. Vivir en la frontera es cruzar los caminos, es abrirse a lo indeterminado y lo aleatorio, es dejarse arrastrar por el vórtice y el caos, es interrumpirse para comenzar de nuevo, es planear en la incertidumbre. Asimismo, una gestión cultural que apele a la condición de migrante, cuyo nomadismo tenga la capacidad de moverse entre pasajes y, como tal, codifique, descodifique y recodifique permanentemente; una gestión cultural que se involucre con los espacios de ruptura y fractura, y que perciba en las grietas o fisuras posibilidades de afirmación o negociación de lo propio y lo ajeno, en fin, una gestión cultural que tienda puentes entre las fragmentaciones y las recomposiciones. (YÁÑEZ CANAL, 2015, p. 44)

Lejana de unidades, las direcciones cambiantes conducen a desiertos móviles que son poblados por nuevas posibilidades de

vida, en que el sentir y el pensar se acercan al conocimiento interno del fluir de las cosas, y en cuya conjunción con lo contemplado se asume la vida desde la vida misma. En esta ética vitalista, que no se reduce a lo orgánico o a lo biológico, el compromiso con el entorno confluye en los vínculos, interconexiones e interrelaciones de los múltiples devenires transformados en eventos y acontecimientos concretos.

Por otra parte, se establece el no aplastamiento de la pluralidad diferencial, ya que el saber que deriva no es lo otro de la Razón, sino un sentipensar en que se entrecruzan fuerzas con sus múltiples matices en una singularidad lejana de lo difuso y evanescente.

Los límites cognoscitivos que inaugura un pensamiento en gestión cultural son abiertos a un devenir de cambios continuos, cuyo paso de límite en límite sería una especie de no de-finido, de in-definido. Así, se expresa una capacidad de composición en una condición provisoria inestable y precaria de lo conocido y por conocer. El conocimiento de lo inesperado es un conocimiento que se encomienda a la invisibilidad del significado, a su ser en la sombra, más allá de los límites de lo aparente. El acceso a lo no visible se genera a partir de la imaginación. La multiplicidad infinita de la vida tiene por destino la imaginación, la cual interviene en el pensamiento enriqueciéndolo de sensibilidad inventiva. En tal sentido, el pensamiento poiético-estético es un pensamiento de base emocional, afectivo, sentimental, relacionado con un pensamiento de la sensibilidad-emocionalidad. Lo poético es en este sentido una manifestación de un gesto-gestante, un signo de interrogación, es decir, una tensión entre lo conocido y lo por conocer. (YÁÑEZ CANAL; GÓMEZ AGUDELO, 2014, p. 32-33)

En dicho devenir se rescata la experiencia, la experimentación, la búsqueda de lo novedoso en una exploración sin fin de una estética preocupada por lo sensible en que otras formas de sentir

son aunadas a otras formas de pensar. Como tal, la gestión cultural que rescatamos en Latinoamérica no se opone a la acción, la cual es un derivado de un sentipensar que se constituye en planos donde su devenir se ve afectado y genera afectaciones. En tales términos, lo activo, la agencia, la acción, no es el fundamento de la modificación de lo que es, ni el modelo o la razón, ya que se rebasan las experiencias hacia la articulación de lo real en que plantear problemas no reduce las condiciones de la experiencia a las condiciones de toda experiencia posible. Es la afirmación de una diferencia que diferencia, cuyas implicaciones múltiples de pliegues, despliegues, líneas de fuga, fisuras y fracturas, se dan las intercepciones de trayectos y trayectorias diversas y que se hace en una relación fundante, en que lo producido y creado deviene co–producido y co–creado. Los sujetos, inicialmente separados por disyunciones varias, dialogan a partir de la pluralidad de sus producciones y creaciones, y afectan y son afectados en, con, junto, a los otros con los que habita en procesos constantes y recursivos de con–figuración y des–configuración. Este proceso de intercambios, de tránsitos y transiciones, de contaminaciones, de deslindes, denota el carácter borroso de las oposiciones en una estética de finitud ilimitada, haciendo inacabados e indefinidos los bordes o límites, tanto territoriales como de conocimiento.

Las «buenas prácticas» de la gestión cultural en Latinoamérica se reconocen en las experiencias vividas y denotan la construcción de un saber experiencial, el cual se confronta con la idea de que la práctica es una mera aplicación de la teoría. En este camino se puede pensar en la validez epistemológica y política de un principio fundante de la gestión cultural que establece que la experiencia es el punto de partida y de llegada de la elaboración teórica. Al re–conceptualizar la práctica se reconoce su valor epistemológico en cuanto lugar de elaboración de un saber con sentido, lo que supera la discusión acerca de los universales y las totalizaciones, y se confronta con las teorizaciones que resultan del marco de parámetros

impuestos contextualmente. (ZEMELMAN, 2000) En esa medida, se resalta la importancia de

un pensamiento del contexto y de lo complejo. El pensamiento del contexto: se trata de buscar siempre la relación de inseparabilidad y de 'interretroacción' entre todo fenómeno y su contexto, y de todo contexto con el contexto planetario. El pensamiento de lo complejo: es necesario un pensamiento que capte las relaciones, las interacciones y las implicaciones mutuas, los fenómenos multidimensionales, las realidades que son a la vez solidarias y conflictivas (como la propia democracia, que es el sistema que se nutre de antagonismos a la vez que los regula), que respeta lo diverso toda vez que reconoce la individualidad; un pensamiento organizador que concibe la relación recíproca entre el todo y las partes. (MORIN, 1998, p. 23-24)

El hacer experiencia se encuentra en relación directa con el gestionar gestionando (GUERRA VEAS, 2016), ya que hay una disposición de escucha en relación con el devenir de los procesos culturales. En ello se encuentra la vitalidad de un modo de habitar el mundo con el mundo, lo que a su vez toma distancia de un modo de vivir inmediato en que toda acción carece de posibles significaciones. Asimismo, no hay coincidencia con la mirada técnica, ya que la razón instrumental cultiva formas de cognición tendientes a producir dispositivos que ejercitan formas de control y dominación sobre las diferentes realidades. El carácter utilitario del modelo de gestión cultural de la institucionalidad pública le otorga poco reconocimiento a la actividad de conocimiento ontológicamente comprometido con el decir haciendo (GUERRA VEAS, 2016), es decir, con el dar sentido a la práctica, a una acción que no deja diluir las vivencias cognitivas y afectivas y lo que implica engancharlas. En el marco dominado por la técnica, el pensar es relegado a los confines del olvido, al tiempo que desconoce que está ligado a una

intuición ontológica en que lo relaciona con crear, descubrir, transformar lo vivido. Pensar es buscar el sentido de la experiencia, pero pensar es también experimentar, es decir, agenciar, y todo agenciamiento responde a la conjunción de las heterogeneidades de flujos, ya sea en sus pliegues como en sus despliegues. Es una forma de fisurar o agrietar lo ya dicho, ya pensado o ya sentido o de verdades ya codificadas, para acercarse al «vacío» de lo desconocido y la alteridad de lo abierto que abre lo im-pensado, lo in-formal, lo no organizado, lo no orgánico, lo no definido, como potencia que se abre a lo ilimitado, a la errancia y la aventura, y que desborda y desterritorializa lo establecido. Podríamos decir que es una ética que se caracteriza por: la resistencia contra las representaciones, los pensamientos «consensuados» y todo lo que aparece como sentido común; lo minoritario, lo micro, lo pequeño, frente a lo «mayoritario» y lo «macro»; la creación contra los paradigmas impuestos; la paradoja contra el control y el cierre de los límites; en fin, una ética de los devenires, de lo que acontece, de lo nuevo y por venir y realizarse.

En tales términos, la gestión cultural que rescatamos en Latinoamérica es aquella que no se reduce a la adquisición de conocimientos y habilidades técnicas, sino la que rescata el sentipensar como lo necesario para orientar la acción del práctico y sus posibilidades de construir un espacio simbólico que le permita habitar con sentido el mundo de la gestión cultural. Ante el control maquínico de un poder asfixiante y sus dispositivos de saber, se justificaría la tradición no escrita del práctico, de sus silencios, de lo no dicho, ya que podría ser una forma de evitar la aniquilación del sentido de su propio actuar dentro de espacios reductivos de códigos y retóricas preestablecidas, pero también la apertura a sus formas de hacer podría contribuir a la restitución de otra forma de pensar, cuyas partituras nos alejen de los paradigmas ya definidos para deshacer el orden de lo establecido y así nacer a lo inédito

como una ética de la vida viviente y creativa, de la vida múltiple y en la diferencia.

REFERÊNCIAS

- BACQUÉ, Marie-Hélène; BIEWENER, Carole. *El empoderamiento: una acción progresiva que ha revolucionado la política y la sociedad*. Barcelona: Gedisa, 2016.
- BAYARDO, Rubens. Hacia un panorama del desarrollo de la gestión cultural en Argentina. In: CANELAS RUBIM, Antônio Albino; YÁÑEZ CANAL, Carlos; BAYARDO, Rubens. *Panorama da gestão cultural na Ibero-América* (org.). Salvador: EDUFBA, 2016. p. 15-33.
- BAYARDO, Rubens. Repensando la gestión cultural en Latinoamérica. In: YÁÑEZ CANAL, Carlos (ed.). *Praxis de la gestión cultural*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2018. p. 17-32.
- CALDERÓN, Fernando (coord.). *Movimientos socioculturales en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores, 2009.
- ESCOBAR, Arturo. Lo cultural y lo político en los movimientos sociales de América Latina. In: ESCOBAR, Arturo. *El final del salvaje. Naturaleza, cultura y política en la antropología contemporánea*. Bogotá: Cerec: Ican, 1999. p. 133-167.
- GUERRA VEAS, Roberto. *Gestión y autogestión en la cultura*. Santiago: Ediciones Egac, 2016.
- MORIN, Edgar. Sobre la reforma de la Universidad. In: PORTA, Jaume; LLANODOSA, Manuel. (coord.). *La universidad en el cambio de siglo*. Madrid: Alianza, 1998.
- RESTREPO, Gabriel. *Misión de la universidad en la formación de un creador o gestor cultural tramático: ideas para la discusión*. Bogotá: [s. n.], 2002.
- ROJAS ALCAYAGA, Mauricio (coord.). *La gestión cultural en 3D: debates, desafíos y disyuntivas*. Santiago: Fondo de Cultura Económica, 2015.
- YÁÑEZ CANAL, Carlos. Interculturalidad y conocimiento. La gestión cultural entre los límites de lo ilimitable. In: MARISCAL OROZCO, José Luis (coord.). *Gestionar en clave de interculturalidad*. Ciudad de México: Conaculta, 2015. p. 41-56.

YÁÑEZ CANAL, Carlos (ed.). *Políticas y derechos culturales*. Manizales: Universidad Nacional de Colombia, 2019.

YÁÑEZ CANAL, Carlos; GÓMEZ AGUDELO, Jorge Wilson. Hacia la construcción de pensamiento latinoamericano en gestión cultural. In: YÁÑEZ CANAL, Carlos (ed.). *Emergencias de la gestión cultural en América Latina*. Manizales: Universidad Nacional de Colombia, 2014. p. 29-39.

ZEMELMAN, Hugo. Epistemología y política en el conocimiento socio-histórico. In: MAERK, Johannesy; CABROLIÉ, Magaly (coord.). *¿Existe una epistemología latinoamericana?* Madrid: Plaza y Valdés, 2000. p. 11-27.